

pa casi en la desnudez, estropeado el armamento y siempre escaseando las municiones." Todas estas consideraciones, y especialmente el nombramiento de Méndez, tenían llenos de júbilo á los partidarios de la monarquía en Morelia, creyendo que había llegado la hora del triunfo de sus ideas y la del escarmiento de los chinacos. No faltarían pronto sucesos que los confirmaran en esta creencia.

Por su parte los liberales, para quienes la guerra era un deber, y los reveses contingencias naturales de toda campaña, jamás perdieron la fe en la victoria completa de la República, y lejos de esquivar el combate, apenas se rehacían de una derrota, cuando eran los primeros en ir á buscar al enemigo, unas veces vencéndolo, otras saliendo derrotados; pero peleando siempre. Sólo al escritor francés Alberto Hans pudo ocurrírsele, en odio y despecho contra los republicanos, decir "que la táctica de Régules y de los demás jefes liberales era evitar á toda costa el combate, huir días enteros y existir así mientras partían los franceses para quedar entonces enfrente de los imperialistas y exterminarlos en una lucha sin cuartel." Régules era la pesadilla de Méndez, y por tanto, el panegirista de éste pone en primer lugar á aquel jefe, cuando se ha visto que él no tenía el mando superior. Revela, sin embargo, un criterio sano el Sr. Hans cuando, al predecir la ida de los franceses, creyó lógico asegurar la derrota de los imperiales y la caída de su efímero gobierno. Aunque Hans haya hecho la campaña en Michoacán, quien lea con detenimiento su libro, comprenderá que no conoció el territorio del Estado ni á los patriotas que allí hacían la guerra en aquella época, ni el espíritu de los pueblos que los protegían con su apoyo moral; lo que sí hizo justamente el historiador Niox.

No están fuera de lugar estas observaciones, cuando voy á ocuparme del renacimiento del ejército del centro, que hemos visto extinguirse en Cerro Hueco.

El general Arteaga, durante su permanencia en Huetamo, había presidido á la fabricación de parque, vestuario y equipo de la tropa; Riva Palacio dictaba providencias para que volvieran á formarse los batallones y cuerpos de caballería; pro-

veyendo de recursos pecuniarios á las respectivas pagadurías, y de fusiles, bayonetas, mosquetes y lanzas para su armamento, adquiriendo todo esto con tanta inteligencia, como con una energía y una actividad sin ejemplo. Situaba á cada jefe subalterno en el punto en que por sus relaciones ó por motivos de otro género era seguro que tendría mayores facilidades para reclutar gente. Por su parte, los jefes subalternos secundaban admirablemente la iniciativa y dirección del general Riva Palacio, sin que entre ellos se despertara la envidia, sino más bien una patriótica emulación: en la caballería debo mencionar al coronel Trinidad Villagómez, al coronel Gorgonio Bustamante, al coronel Eguiluz, al de igual clase Ignacio Zepeda; á los tenientes coroneles Espiridión Trejo y Norberto Salgado; y en la infantería, á Villada, Gaona, Cáceres,¹ Méndez, Olivares, Pablo Jiménez y Espinosa D. Francisco, á quien poco antes había proporcionado recursos en México el Lic. D. Manuel Romero Rubio para que fuese á hacer la campaña en Michoacán, recomendándolo con el general Riva Palacio.

A dar cohesión técnica á estas fuerzas concurrió el general Salazar, nombrado Cuartelmaestre del Ejército del Centro. En el personal de éste sólo faltaba en aquellos días el general Régules, que se hallaba en Tacámbaro enfermo aún de intermitentes, que lo imposibilitaban para el servicio.

Ahora voy á hacer recuerdo de los dignos oficiales que formaban el Estado Mayor de aquellos jefes. Con el general Arteaga servían, como jefe de Estado Mayor el coronel José María Pérez Milicua, y como ayudantes el teniente coronel Manuel García de León, los comandantes Francisco M. Ortega y Antonio Beltrán, capitanes Manuel Herrasti, Manuel y Felipe García Aguirre, Miguel y Luis Aponte. Con Salazar el comandante Jesús Ocampo y los subalternos Segura, Pichardo y Zerecero; y con Riva Palacio el coronel José María Alzati, los comandantes Bonifacio Topete y Jesús Ver-

¹ Aunque los redactores de "La Municipalidad" afirman que este jefe se separó del ejército y marchó al Norte de la República, después del 11 de Abril, encuentro en la correspondencia del general Riva Palacio datos seguros para afirmar que todavía en Agosto y Septiembre se hallaba en Tacámbaro y trabajaba en reconstruir su batallón.

duzco y los capitanes Jorge Wood, Jesús Marmolejo y Luis Anselmo Salazar. Todos y cada uno de estos distinguidos patriotas merecen una especial mención: me limitaré, sin embargo, á hacerla tan sólo respecto de los que formaban el Estado Mayor del general Riva Palacio, por haber sido á los que traté más familiarmente y durante mayor tiempo.

El coronel Alzati aparecía como jefe de esa pequeña corporación, pero su puesto era en realidad nominal ú honorario, pues que, careciendo de conocimientos militares, el general lo ocupaba siempre en otras comisiones, por lo que frecuentemente se ausentaba de nosotros. Alzati era uno de los vecinos principales de Zitácuaro, honrado á carta cabal, trabajador, inteligente, bien relacionado y de un carácter insinuante, comunicativo, alegre. Tenía en arrendamiento la pequeña pero bonita hacienda de caña La Florida, en la municipalidad de Jungapeo, distrito de Zitácuaro. En los trabajos de esa finca lo halló la guerra de intervención; soltó la *tarrecua*¹ y empuñó en el acto la espada para defender con valor la independencia nacional, siguiéndolo en esta patriótica tarea sus hermanos Darío y Marcos.

El jefe efectivo del Estado Mayor de Riva Palacio era el comandante Bonifacio Topete, militar por principios científicos, valiente por temperamento y por deber, pundonoroso, de maneras corteses, de carácter afable, cumplido hasta la religiosidad, correcto en su conducta civil, irreprochable hasta en su traje, que era siempre el uniforme de su clase: Topete era querido y respetado de todos nosotros. El general, al hablar de él, le auguraba el porvenir brillante que supo alcanzar.

Del comandante Jesús Verduzco tengo idea de que era originario de Toluca: el general lo estimaba por su adhesión y fidelidad, y por la entereza con que afrontaba los peligros. Jorge Wood, como lo indica su apellido, descendía de una familia inglesa: era muy joven, de figura arrogante y simpática, que nos hacía recordar el retrato de Lord Byron; muy

¹ Azada. Este nombre tarasco se conserva invariablemente en Michoacán para designar el tosco y primitivo implemento con que se hace el cultivo de la caña.

circunspeto á pesar de sus pocos años, leal, cumplido, valiente, de una educación esmerada y elegante en su traje. Jesús Marmolejo era una especie de coloso, por lo que siempre se le cansaba el caballo en las marchas. Pertenece á una honorable familia de Guanajuato, radicada en Morelia, y era digno miembro de ella. Este oficial fué, en esa época, una de las víctimas que De Potier mandó azotar en Morelia, y ya tengo referido cómo, chorreando aún la sangre, Marmolejo fué á sentar plaza en las filas republicanas, en donde, no sólo por venganza sino por ardiente patriotismo, se distinguió por su valor y por la abnegación con que afrontó las privaciones de la campaña.

¿Quién de los patriotas del Ejército del Centro, de los pocos que sobreviven, podrá haberse olvidado de Luis Anselmo Salazar? Todos le decíamos *Tanta Lancha*, porque por un defecto de pronunciación no podía decir de otro modo *tanta lanza!* El general lo conoció en una noche lluviosa en que salían las fuerzas de Zitácuaro para situarse en Camébaro. Tanta-Lancha se acercó á él, alumbrándole el camino con un hachón de ocote, y como se pusiera á platicar con su media lengua, le cayó en gracia á Riva Palacio y le preguntó sobre el origen y manera de haber llegado al ejército. Es imposible, al menos para mí, imitar por escrito las palabras de Salazar, describir sus gestos y parodiar siquiera sus frases. Básteme decir en extracto que Tanta-Lancha había nacido en Cutzamala y que muy niño fué llevado á México, en donde siguió sus estudios escolares, siendo de notar que el defecto indicado se le echaba de ver en el acto, no sólo en la lectura, sino también en lo que escribía. Andando el tiempo y siendo ya adulto, entró de dependiente en el café del Cazador, que aún existe en el portal de Mercaderes de la ciudad de México. Contaba que al estallar la guerra de intervención, comprendió la idea de patria de tanto oír hablar de ella á los parroquianos, y que de aquí le vino la resolución de ir á pelear contra los extranjeros y sus aliados, lo que verificó cuando los franceses hicieron su entrada en aquella capital. Fué á presentarse en la fuerza que mandaba D. Esteban León, que era su tío, lo que explica la ocasión de su encuentro con el

general Riva Palacio, á cuyas órdenes militaba dicho jefe. Desde aquella misma noche el general agregó á su Estado Mayor á Tanta-Lancha, y se divertía mucho con él hablándole con el solo movimiento de sus labios, sin pronunciar una sola sílaba, y siendo perfectamente entendido por Tanta-Lancha. Este era astuto, disimulado, de mal corazón, acaso porque en el ejército muchos se burlaban de él jugándole malas pasadas; pero con Riva Palacio fué tan fiel, tan cariñoso, tan servicial, que concluida la guerra lo recogió éste en su casa, y allí vivió y allí murió rodeado de las atenciones de la honorable familia del general.

Andaba también al lado de Riva Palacio un joven oriundo de la ciudad de México, que tenía el genio más dulce y pacífico que he visto entre los hombres de armas. Era Manuel Marroqui. Había sido dependiente de una de las mejores boticas de la capital. Acaso por esto lo escogió el general para médico de la tropa, pues se carecía de plaza tan importante; ocurriéndole la idea, porque entre el botín que se tomó al enemigo en la acción del Tulillo, había una colección de obras de los diversos ramos de la medicina, con magníficas ilustraciones. Riva Palacio ordenó á Marroqui que hiciera todo un curso profesional de la ciencia de Hipócrates; y el talento claro y fácil y la docilidad y amor al trabajo de aquel joven, fueron estímulos eficaces para que en poco tiempo comenzara á curar, tocándole con buena suerte obtener éxito completo en los primeros pacientes que hubo á las manos. Lo solicitaban las familias de Zitácuaro para que viese á sus enfermos, y pronto su fama fué envidiable. Entre el pueblo lo llamaban las ancianas *San Manuelito*; tal era la fe que había inspirado el nuevo Galeno. Y á pesar de su carácter dulce y delicado, tenía Marroqui un procedimiento horrible para curar á los picados de alacrán, procedimiento á que se sometía por fuerza á los soldados rasos: consistía en aplicar sobre la picadura una gran cantidad de cabezas de cerillo y prenderles fuego: los infelices soldados podían marchar, no obstante los efectos del remedio; mientras que si se dejaba obrar la ponzoña, quedaban imposibilitados para una larga fatiga.

Tampoco debo omitir en estos recuerdos al Secretario ofi-

cial del Despacho de Gobierno, Lic. Urbano Lechuga, que hizo al lado del general toda la campaña; humilde, abnegado, lleno de fe en el triunfo de la patria. Era de Toluca, y después de la guerra desempeñó allí una magistratura en el Tribunal de Justicia. Lechuga había sustituido en la Secretaría de Gobierno de Michoacán al Lic. Luis González Gutiérrez, que se había retirado á la vida privada.

Mientras nosotros hemos hecho esta rápida revista, el general Arteaga pasaba otra más detenida y cuidadosa á las tropas que se habían reunido en Tacámbaro y que formaban un efectivo de mil seiscientos hombres, mayor, como se ve, del que contábamos en Cerro Hueco. En menos de dos meses se habían reparado con creces nuestras pérdidas: el ejército era más numeroso, los soldados estaban mejor vestidos y equipados, había más parque y estaba repuesta la caballada. Existían el espíritu de disciplina y el entusiasmo y la esperanza.

El 15 de Septiembre se publicó por bando solemne el programa para la festividad del 16, y en ese acto marchó la división, haciendo alarde de su buen porte y de facilidad en los movimientos.

Las fiestas de la patria estuvieron animadas y solemnes. Su descripción, y los discursos y poesías que se pronunciaron en la noche del 15 y en el acto oficial del día 16, constan en un *Memorandum* que en aquel tiempo circuló con profusión en todo el Estado. Bien quisiera yo reproducir en estas páginas todas esas piezas literarias, pero sería tarea larga, y me limito á copiar la narración que publicó el periódico oficial, escrita por D. Gregorio Pérez Jardón. Es como sigue:

“Después de la jornada del 16 de Julio, cuando la necia vanidad extranjera había anunciado que el Ejército del Centro no existía ya, la ciudad de Tacámbaro ha visto mezclarse en sus fiestas de regocijo á más de mil veteranos que forman parte de la primera división, y ha sido testigo de los honores que por su parte han tributado á nuestros libertadores el Gobierno del Estado y el Ejército del Centro, para que nada faltase á la ovación patriótica de los ciudadanos.....

“En la tarde del 15 se publicó el bando nacional que anun-

ciaba la celebridad del glorioso 16 de Septiembre de 1810, con el programa de las fiestas cívicas preparadas por la Junta patriótica. Ya desde entonces eran de admirar el entusiasmo y el júbilo de las clases todas de la sociedad, preparándose para el aniversario.

“En la noche de ese día, á las ocho, se reunió la Junta patriótica y pasó con las autoridades á la casa habitación del C. General en Jefe y del C. General Gobernador del Estado, dirigiéndose de allí al lugar destinado para la reunión, que fué en uno de los portales de la plaza, donde se había colocado un magnífico templete adornado con exquisito y patriótico gusto. Tomaron asiento las autoridades y la comitiva, y después de tocarse por la música algunas escogidas piezas, se pronunció el discurso de estilo por el C. teniente coronel Leonides Gaona, nombrado al efecto por la Junta patriótica. La concurrencia le escuchó con suma atención, y el orador recibió numerosos y muy merecidos aplausos; se alternaron algunas piezas de música con las composiciones poéticas que recitaron los Sres. coronel Vicente Villada y teniente coronel Romo, quienes también arrancaron del auditorio muy justos y nutridos aplausos, y de esta manera transcurrieron las horas hasta que dieron las once de la noche, en cuyo acto el General en Jefe vitorió á la Independencia Nacional y á los héroes de ella. En estos instantes, la salva, los repiques y las músicas recordaron la hora en que sonó por primera vez para los mexicanos el grito de libertad. La multitud se dispersó por las calles, dando vivas á la Independencia y á nuestros héroes, y el regocijo del pueblo no conoció límites, conservando el orden más estricto.....

“La salva de costumbre al izarse el pabellón nacional, despertó á los ciudadanos, y desde aquel momento comenzó el movimiento de regocijo en la población. Las casas todas de ella aparecieron adornadas con cortinas, y en la plaza principal se admiró el buen gusto con que se había preparado el local destinado para la reunión de las autoridades. A las nueve de la mañana comenzaron á salir de sus cuarteles las tropas que forman parte de la primera división del Ejército del Centro, y se pudo ver un cuerpo de ejército perfectamente

vestido todo de nuevo, bien armado y disciplinado, á la par que instruido.

“La tropa de la guarnición formó la valla de costumbre, cuando la comitiva, compuesta de la Junta patriótica, autoridades y Gobierno del Estado, presidida por el C. General en Jefe, se dirigió para el templete, donde después de haber tomado asiento y de tocarse algunas piezas por la música, subió á la tribuna el C. Lic. Coronel Justo Mendoza, orador nombrado por la junta patriótica, y pronunció un vehemente discurso que arrancó repetidos aplausos al público y á la fuerza armada, que se encontraba reunida en la plaza. Terminado el discurso, se tocaron algunas piezas de música, se hicieron las descargas de estilo, y la guarnición formó una columna de honor que mandó el C. general Pérez Hernández, disolviéndose en seguida la reunión.

“En el resto del día y en la noche del mismo, no pudieron tener lugar algunas distracciones preparadas para el público, porque los fuertes aguaceros que cayeron sin interrupción, no dieron lugar á ello, pues apenas se pudieron iluminar algunas casas, y esto sólo por momentos, pues la lluvia lo impedía; no pudiendo, por lo mismo, tener lugar el baile que se había dispuesto y que se verificó en la noche del siguiente día, y del cual, para concluir, vamos á dar una reseña.

“En una de las casas más bien dispuestas y situadas¹ se preparó al efecto un salón espacioso, que adornado con exquisito gusto y con profusión de luces de esperma, presentaba un magnífico golpe de vista, muy principalmente por lo bien dispuestos y colocados que estaban en el cielo del salón y en sus paredes los colores del pabellón nacional. Coronas de laurel, hechas con todo esmero, se hallaban distribuidas simétricamente, y dentro de ellas se leían los nombres de los héroes de la independencia. En el fondo de la cabecera principal del salón se hallaban los retratos de Hidalgo, Morelos y Guerrero.

“En los corredores y patios de la casa se había preparado un hermoso bouquet compuesto de multitud de macetas que contenían flores y plantas muy exquisitas, y ésto, los faroles

¹ La de la Sra. Antonia Padilla de Magaña; plaza principal.

venecianos y los aparatos de luz que iluminaban, formaron un conjunto demasiado gracioso y agradable á la vista.

“La concurrencia no pudo ser mejor. Todo lo más selecto de la sociedad de Tacámbaro concurrió al baile, y el bello sexo se presentó con una elegancia y sencillez que no dejó que desear, no extrañándose, por lo mismo, la buena sociedad de las mejores capitales. El baile comenzó á las diez de la noche, después que se presentaron los CC. General en Jefe y Gobernador del Estado, y ya desde entonces todo fué entregarse al goce y recreación de estas reuniones, reinando la mayor animación.

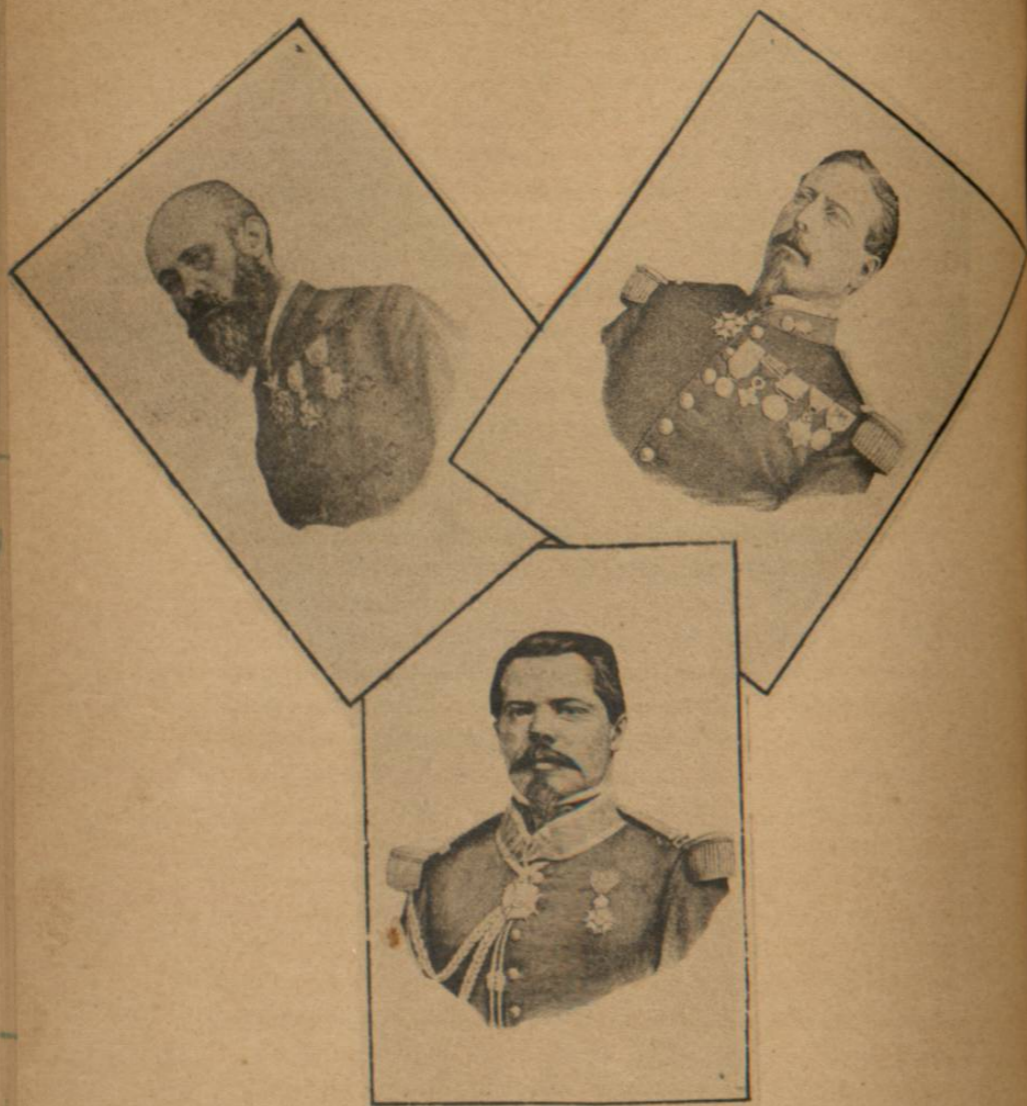
“Poco después de la media noche pasó la concurrencia á un salón muy bien dispuesto, donde se hallaba preparado un buen ambigú, provisto de vinos, pescados, dulces y helados, todo de lo mejor que pudo proporcionarse.

“Hubo durante la mesa un momento solemne, cuando se pronunciaron los brindis por la patria! ¡Cuántos pensamientos, cuántas frases, cuántas ideas notables no se vertieron en aquel entonces!

“Después continuó el baile hasta las primeras horas de la mañana, y la concurrencia se disolvió, llevando cada cual muy gratos y tiernos recuerdos de las festividades cívicas del año de 1865 en la ciudad de Tacámbaro.”

BIBLIOTECA ALEJANDRINA
 DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
 DE LA FUERZA ARMADA
 DE LOS ANDES

U. A. M. L.



VAN DER SMISSEN, DE POTIER Y RAMÓN MÉNDEZ

CAPITULO XXX.

(1865)

Maqueda.—El ejército del centro en Uruapan.—Gran parada.—Un banquete.—¡La gloria del cadalso!—Méndez avanza sobre Uruapan.—Sorpresa de Santa Ana Amatlán.—Los prisioneros.—Los mártires de Uruapan.—Méndez, general de brigada.—Rasgos biográficos de Arteaga, Salazar, Díaz, Villagómez y González.—Un año siete meses después de los fusilamientos.

Comenzó el mes de Octubre. En los primeros días llegó á Tacámbaro D. Francisco Maqueda, procedente de La Providencia (hacienda de D. Juan Alvarez), trayendo para el general Arteaga algunas comunicaciones del Sr. Juárez y cartas del caudillo del Sur. En aquéllas se daba noticia del estado de las fuerzas republicanas en la frontera del Norte y en Sinaloa, y en las segundas, el general Alvarez avisaba el envío de dichos pliegos recibidos por la vía de San Francisco California, y manifestaba además á Arteaga y á Salazar cuánto se congratulaba de que hubiesen terminado entre ellos las diferencias que, con perjuicio de la patria, habían surgido en mala hora.

Al revisar el apunte de donde tomo el párrafo anterior, he encontrado el nombre de Maqueda y he debido mencionarlo aquí, porque desde la revolución de Ayutla sirvió en las filas de los liberales como correo, con valor, con inteligencia, con lealtad y con patriotismo. Si no era de absoluta necesidad, no se le daban oficios ni cartas; llevaba en su memoria los